

Moral y Basura

Miniaturas Capitalinas

POR LORENZO MEYER

SI Kafka estuviera ahora entre nosotros, su interés por lo absurdo le hubiera abierto muchos caminos. Podría haber sido, como se dice, un escritor costumbrista, pero también podría haber llegado a ser un exitoso administrador público capitalino, quizá hasta le hubiera interesado ser delegado político. Aquí, en la Magdalena Contreras, se hubiera sentido a sus anchas.

Hace algunos años que me instalé en esa delegación —en San Nicolás Totolapan, para ser exactos— en compañía de otros colegas del mundo académico. Construir nuestras casas no fue fácil. Obtener los permisos de construcción, de salubridad, alineamiento y demás trampas burocráticas, fue una tarea tan complicada como escribir un libro, sólo que más frustrante.

Para cruzar la vía férrea sin tener que sobornar al despótico guardavía —que por años nos cobró una especie de alcabala— requirió tener que hacer una visita especial al mismísimo secretario de Comunicaciones. Gracias a la desafortunada intervención de unos policías locales, hace más de un año que ni súplicas ni protestas hicieron que el camión del gas volviera. ¡Desde entonces, todo mundo a cargar sus tanques y buscar gaseros! Y la solución al problema de la basura parece ser tan enredada como el nudo gordiano.

★

EN los años que llevo aquí, una vez la delegación tuvo el raro gesto de enviar a un barrendero. Cuando a los dos meses desapareció no lo extrañamos, pues sólo nos visitaba una vez a la semana. El verdadero problema —el desafío que sigue en pie— es cómo deshacernos civilizadamente de la basura.

Durante la época en que Francisco López Cámara fue nuestro elegante delegado, se instalaron en la calle unas grandes canastas de metal para depositar la basura. Esto resultó mejor que tirarla en la calle, aunque no mucho, pues moscas, perros y ratas merodeaban sin tregua la gran pirámide de desperdicios que invariablemente se formaba alrededor de las ca-

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Moral y Basura

Sigue de la página seis

nastas. Estas estructuras desaparecieron hace tiempo, víctimas de choferes descuidados. Y otra vez, por falta de mejor alternativa, volvimos a tirar la basura en una barranca cercana. Sin embargo, las autoridades delegacionales, a cuyo frente estaba entonces el señor Madrazo, decidieron que era necesario acabar con el improvisado basurero y lo cercaron, pero —honor a quien honor merece— para entonces ya nos visitaba un pequeño camión recolector dos y hasta tres veces por semana. Desgraciadamente en estos asuntos no hay nada seguro ni permanente, con la excepción del cobro de los impuestos.

★

EN vísperas de que la administración hankiana entregara el poder a la aguirrista, el pequeño camión dejó de venir, y ni las llamadas telefónicas a la delegación ni las protestas personales lo hicieron volver. Ahora tenemos nuevo delegado, el señor Amado Treviño, pero ello no significó volver a la normalidad. Las súplicas y protestas encontraron a la misma amable empleada en la oficina de limpia —al menos eso dejó la “reforma de ventanilla”— pero también el mismo resultado: nulo. Llevamos ya trece días sin recolección de basura y la persona que mediante una propina se ofrecía a ir a tirar, ya no lo hace, justamente porque recibió un citatorio por tal motivo.

En fin, una pequeña muestra de nuestro mundo kaffkiano: cercas y castigos para que no se tire la basura fuera de su lugar... pero sin que haya un lugar apropiado en donde uno pueda tirarla.

Y es de esta manera, vulgar y cotidiana, como nuestra visión de la renovación moral se va empañando. Anteayer por el nombramiento de funcionarios sospechosos de haber incurrido en actos de corrupción, ayer por el bochornoso espectáculo de un Poder Legislativo aprobando leyes al vapor, ahora por altos impuestos aunados a la tradicional ineficiencia e indiferencia de una autoridad local que los capitalinos ni siquiera podemos elegir. ¿Y mañana...?